

3

La Iglesia, la ética y el poder

Lilia Solano

El poder ha estado y está siempre presente en los diversos niveles de la sociedad contemporánea. El poder adquiere visos de importancia dependiendo de las circunstancias, y sin duda podemos afirmar que en épocas de crisis el poder se vuelve hegemónico.

El mundo contemporáneo, caracterizado por una alta movilidad, heterogeneidad, impotencia generalizada para enfrentar múltiples desórdenes sociales, además del empobrecimiento económico y los desafíos tecnológicos, nos pone en situaciones de mayor vulnerabilidad y dificultad a la hora de entender el presente. Las diferentes manifestaciones del poder, algunas de las cuales creíamos desterradas (por ejemplo, el poder hegemónico), se ha reinstalado en la sociedad contemporánea.

Una instancia de poder de gran valor es la Iglesia. No sólo que la Iglesia se ordena alrededor del poder sino que también se vale de mecanismos propios del poder a fin de mantenerse e interrelacionarse con otras instancias de la sociedad. El asunto central del presente trabajo gira en torno al ejercicio del poder en la Iglesia y por parte de ella. La perspectiva que adoptamos surge de la preocupación de que el poder, por ser un recurso de difícil manejo (que lo convierte en un «arte» poco confiable), conspire contra la espiritualidad de la Iglesia, la haga su subalterna, le robe autonomía y la convierta en portadora de un mensaje enajenador.

Un vistazo a tres grandes teorías del poder nos permitirán encauzar esta reflexión. Haremos énfasis en los postulados de Michel Foucault para luego pasar a considerar algunas manifestaciones problema-tizadoras del poder en el contexto de la Iglesia evangélica en nuestro continente, con una especial consideración a ciertos casos en Colombia. Hacia el final propondremos la construcción de una ética.

Reorganización del poder

El poder no funcionaría si se ejerciera únicamente de blancos a negros, de ricos a pobres, de padres a hijos, de pastores a ovejas, etc. Todas estas relaciones de poder se van entretejiendo hasta construir una urdimbre que se mantiene en virtud de la eficacia que se gesta a raíz de tal relación.)Cómo discernir en ese tejido dónde empiezan y dónde terminan los poderes

político, económico, familiar o religioso? En algunos casos será posible discernir el curso de los hilos, pero lo que sí salta a la vista es la sutileza de la trama.

De lo anterior se desprende que la reorganización del poder no sería ya vertical. Es tal la descentralización del poder en el tejido social de hoy que sería casi imposible arribar a cualquier intento por proponer una teoría de conspiración, tal como se diera a conocer en la década de los años sesenta. Sin embargo, los países con tecnología más avanzada siguen tomando ventaja de sus innovaciones para marcar fuertemente la desigualdad con los países menos tecnificados; las clases dominantes continúan aprovechando la reconversión industrial para reducir la ocupación de los obreros, desalentar los esfuerzos de asociación de los trabajadores y mercantilizar derechos fundamentales como la educación. Aunque suena hoy poco elegante hablar de una teoría de conspiración del poder, los grandes grupos en quienes se concentra el poder han logrado poner a su servicio la educación, el arte, la cultura, la religión y el mercado.

En ese tejido de poder descentralizado, palidece la función pública del poder como garante de la socialización de bienes. Paradójicamente, una vez que el poder pierde su acento público, se restaura su verticalidad. Si bien el talante posmoderno alega hoy a favor de la diseminación de un poder central, vemos que, por el contrario, en la práctica el poder se concentra, quizás en una gama un poco más amplia de centros de poder dirían algunos, pero en América Latina esos centros siguen siendo familiares. No obstante las muchas transformaciones que han ocurrido en todos los campos de la vida al final de este siglo, el poder asume un rostro cada vez más adusto, hermético, discriminador. Como Iglesia estamos llamados a cuestionar seriamente tales formas de poder.

Teorías del poder

Desde un punto de vista académico, existen tres grandes concepciones sobre el poder, a saber:

- El poder-violencia (Weber, Marx)
- El poder-pulsión (Nietzsche, Foucault)
- El poder-comunicación (Habermas, Arendt)

1. El poder-violencia.

Siguiendo esta perspectiva, según la cual el ejercicio del poder lleva en sí el uso de la violencia, la esencia del Estado es la violencia. Si un Estado llegase en un momento determinado a carecer del poder de coacción, de imponer sus mandatos, o perdiese el monopolio de la fuerza, ese Estado desaparecería o estaría en vías de extinción.

Para Weber, el concepto de poder es amorfo sociológicamente, de modo que propone sustituirlo por el de *dominación*, que es más coherente a la noción de poder. Afirma Weber: «Poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera sea el fundamento de esa probabilidad» (1969:43). En Weber todas las cualidades imaginables de un individuo, y todas las circunstancias objetivas pueden dar lugar a que la imposición de la voluntad sea el núcleo central del concepto de poder. Por esta razón, el concepto de dominación es más exacto. El poder sólo hace relación a la obediencia de un mandato, por lo cual su ejercicio ha de circunscribirse a la esfera del Estado.

Sin embargo, tales condiciones del poder rebasan la instancia estatal y abarcan el ámbito más universal de las relaciones humanas. Esto es precisamente lo que preocupa a Michel Foucault, para quien el poder no es un asunto meramente estatal, sino que permea todas las relaciones sociales.

2. El poder-pulsión

Para Foucault, el poder no es sólo poder del Estado. Es poder humano en el sentido más amplio. El poder es una relación universal que circula o se ejerce en las interacciones de los individuos, en las más diversas situaciones y en todos los niveles sociales.

Esta perspectiva del poder ha transformado radicalmente su conceptualización, al sacar al poder de la órbita de las funciones punitiva y fiscal del Estado para abrir la posibilidad de una comprensión más amplia del fenómeno. Morey (1984), biógrafo de Foucault, siguiendo a Gilles Deleuze, amigo y colaborador de Foucault hasta su muerte, elabora la siguiente clasificación de los postulados tradicionales sobre el poder:

a. *Postulado de la propiedad*. Tradicionalmente se afirma que el poder es algo que posee la clase dominante. La crítica sostiene, por el contrario, que el poder no es una pertenencia sino una relación estratégica que se produce entre los diversos participantes de una acción.

b. *Postulado de la localización*. El poder no es solamente poder del Estado, como se había supuesto: existen los micropoderes diseminados por todo el ámbito social. Esta tesis invalida la estrategia política de toma del poder, como si éste estuviera concentrado en un ámbito geográfico y político determinado.

c. *Postulado de la subordinación*. Morey controvierte la tesis, según la cual el poder pertenece a la superestructura y, por tanto, dependería en su configuración concreta de la estructura económica de la sociedad. El movimiento de la economía depende también de las relaciones del poder.

d. *Postulado del modo de acción*. El poder ha sido visto hasta ahora como algo que reprime, limita, impide. Foucault propone que veamos el poder más bien como algo que crea; produce para bien y para mal, el mundo en que nos movemos.

e. *Postulado de la legalidad*. Se ha entendido la ley como la genuina expresión del poder. Tendría la función de delimitar la legalidad de la

ilegalidad. Debe suponerse más bien, en la óptica de Foucault, que existen diferentes órdenes de ilegalismos y que la ley es una estrategia en permanente lucha contra los ilegalismos.

El pensamiento de Foucault a veces busca apaciguar nuestra relación con el poder situándolo en el ámbito concreto de la vida individual y colectiva, tanto en su esfera pública como en la privada. La intención es que evitemos someternos acríticamente al poder. El poder es un conjunto de estrategias mediante las cuales personas y grupos buscan hacer prevalecer sus intereses y deseos. El poder presupone no tanto una relación unilateral de dominación, sino diversas relaciones de fuerza que operan en distintos sentidos. No busca un solo objetivo, sino que sus cometidos son múltiples, y la vida social surge como resultante de todas esas redes de poder.

Foucault analiza profundamente la tesis del poder-cuerpo, es decir, cuando se produce la ocupación del cuerpo por el poder. El cuerpo es uno de los objetivos privilegiados del poder, el cual se ha preocupado sobremedida por poseerlo imponiéndole unas normas determinadas, impidiendo la autonomía de la persona sobre su cuerpo. Así, «nada es más material, más físico, más corporal que el ejercicio del poder» (Foucault 1980:105).

La representación del poder en la mente de los individuos está acompañada de diferentes expectativas. Con frecuencia se ambiciona el poder no solamente por lo que permite realizar en un determinado campo de acción, sino por las expectativas que permite vislumbrar. El poder no sólo quiere mandar, organizar, dirigir, ordenar y prescribir, sino que quiere poner sitio al cuerpo, impedirle su movimiento.

3. El poder-comunicación.

Hannah Arendt opone el poder a la violencia (1979:47). El poder se traduce en aceptación, obediencia, acuerdo, respaldo. La violencia, en tanto, obliga, reprime, somete, conmina, amenaza, impone. En la vida, poder y violencia siempre se dan entremezclados, pero siempre en grados diferentes. Un gobierno que posee un gran poder sólo necesita un componente pequeño de violencia. Por el contrario, un régimen político con un poder precario debe emplear la violencia masivamente. Todo depende del poder que respalda la violencia.

La tesis del poder comunicativo nos permite entender bastante bien porqué la violencia sustituye al poder; porqué, al faltar el respaldo y el consentimiento, la violencia se vuelve posible. La viabilidad de la violencia tiene que ver con la ausencia o el deterioro del poder. Es necesario, entonces, superar las condiciones que minan el ejercicio del poder, esto es, condiciones de miseria, hambre, explotación y muchos deseos individuales y colectivos, a fin de poder constituir un poder alejado de la violencia. Se desprende de aquí que la violencia, en ninguna de sus formas, es un verdadero poder.

El liderazgo evangélico a la búsqueda de los mecanismos de poder

América Latina ha pasado de tener tan sólo el 10% de su población en las ciudades a comienzos de siglo, a contar con que el 70% de sus habitantes se aglomeran en las urbes. Hemos pasado de sociedades dispersas con culturas locales poco comunicadas con el resto del mundo, a un escenario mayormente urbano. Un aspecto cada vez más significativo de ese nuevo escenario lo ofrece la Iglesia que, en muchos países, ha crecido visiblemente, incrementando así su presencia y, por tanto, su poder.

Quisiéramos mirar a continuación tres formas de ejercicio del poder en nuestro ámbito evangélico. Procuraremos mostrar que mediante tales mecanismos el poder instrumentaliza la espiritualidad poniéndola a su servicio, hasta el punto que la Iglesia no puede escapar de ser un centro de dominación. Es nuestro temor, como se verá en la siguiente reflexión, que en muchos casos estas estructuras de poder reflejan un espíritu que desdice de la vida. Los tres casos son:

- Participación política y mecanismos de mercadeo.
- Medios de comunicación como fuente de poder.
- Demonios territoriales y mapeo espiritual:
¿desaforadas conquistas territoriales?

1. Participación política y mecanismos de mercadeo

Todos sabemos que el ejercicio del poder político está hecho a partir de recursos teatrales con sus buenas dosis de maquillaje: las promesas que no pueden cumplirse, el reconocimiento público de los derechos que se negaron en privado, discursos elaborados por otros cuyas fechas de divulgación se habían fijado con antelación. Dentro de los nuevos actores en la vida política están los líderes evangélicos que saben que tales escenarios públicos contribuyen a la perpetuación del orden establecido.

El contexto de la vida pública, en el caso colombiano, aporta un dato altamente crítico al ejercicio del poder político. Refiriéndose a Colombia, el columnista Antonio Caballero afirma:

Estamos en un país que se ha desangrado, corrompido, destruido todavía más que nunca antes en su historia: ha aumentado la violencia paramilitar, militar, guerrillera, «común», han crecido la miseria y el desempleo, hay un millón de desplazados, han sido saqueadas las empresas públicas, se ha perdido el control de las fronteras, ha sido abolida la administración de la justicia...

En medio de ese derrumbe, el sector evangélico ha accedido al poder, tradicionalmente visto como una instancia para incrementar el lustre propio y distribuir prebendas entre amigos —ahora hermanos.

En Colombia se ha destacado la parlamentaria Vivianne Morales, actual miembro del Senado. Durante el período de 1994-1998, ocupó un puesto en

la Cámara Baja y se dio a conocer por su buena gestión que llamó la atención de los medios de comunicación. Durante ese período le correspondió a la Cámara Baja decidir si el Presidente, Ernesto Samper, debía ser llamado a juicio por el apoyo financiero que recibió de los grandes carteles de la droga durante su campaña presidencial. No obstante todas las pruebas en contra del Presidente y muy a pesar que su defensa se convirtió en una oportunidad más para despilfarrar los dineros de la nación, comprando votos que «demostrarían» a la postre su inocencia, la Dra. Morales se convirtió en su defensora clave, junto a otro parlamentario evangélico, el Rev. Colin Crawford. Si bien su prestigio ético sufrió un tanto, su poder político se incrementó hasta el punto que hoy es la vocera más caracterizada del derrotado partido liberal.

Al parecer, una confesión de fe no establece fronteras cuando de disfrutar del poder se trata. Este caso colombiano ligeramente esbozado hace ver la ausencia de valores que contrarresten a los del poder-violencia. Este es un poder que se aleja de ser una alternativa política, pues además se vale de la consabida estrategia de apelar a las congregaciones como canteras de votos potenciales, tomando ventaja de las necesidades de afirmación de identidad que tenemos los evangélicos como pueblo, dada nuestra condición minoritaria. El poder-violencia genera vicios que alcanzan hasta los redimidos.

2. Medios de comunicación como fuente de poder

Este tema ha sido estudiado por muchos sociólogos, especialmente en países donde las dictaduras militares suspendieron los partidos, sindicatos y otras formas de movilización colectiva. En esos contextos los medios se convirtieron en una tremenda fuente de poder porque se convirtieron en mediadores y, por tanto, en sustitutos de interacciones colectivas.

Sin embargo, los medios han ejercido su poder en contextos diferentes y continúan hoy siendo más fuertes. Desde que el Washington Post tumbó a Richard Nixon, ya nadie duda del poder de los medios, hasta el punto que hoy «aparecer en público», esto es, en televisión, es la gran meta de todo personaje público. Muchos de los líderes políticos, intelectuales y religiosos enfatizan su condición de actores teatrales que atraen en gran medida gracias a sus palabras, silencios y sonrisas. Para ellos, el ciudadano es el cliente, «el público consumidor» que lleva a Eliseo Verón a afirmar que participar es hoy relacionarse con una «democracia audiovisual» en la que lo real es producido por las imágenes de los medios (Eliseo Verón, «Discurso político y estrategia de la imagen», entrevista concedida a Rodolfo Fogwill, Espacios, Universidad de Buenos Aires, No.3, diciembre 1985).

La imagen creada por los medios también afecta el ejercicio del poder que se gesta desde la Iglesia. Si hasta hace cuatro años la presencia de evangélicos en las contiendas electorales aún sorprendía a muchos, hoy la sorpresa la dan los personajes de la televisión. Así, por ejemplo, una actriz que lloraba en todas las telenovelas se convierte al evangelio y rápidamente pasa a ser elegida Representante a la Cámara, consagrada por la televisión y la Iglesia.

3. Demonios territoriales y mapeo espiritual: ¿desaforadas conquistas territoriales?

El reciente énfasis de enfocar la lucha espiritual en el terreno de la estrategia militar le plantea nuevos desafíos éticos a la Iglesia en lo tocante a su relación con el poder, especialmente el poder-violencia. Como es bien sabido, los misionólogos Charles Kraft y Peter Wagner plantean la lucha espiritual en términos de contrarrestar la posesión de territorios por parte de fuerzas demoníacas que impiden el avance del Reino de Dios. Fundamentada más en observaciones y testimonios de personas endemoniadas que en la Escritura, la resultante escuela de demonios territoriales llega incluso a desarrollar técnicas para levantar mapas que señalan la presencia de las fuerzas enemigas.

A un nivel más popular, la profusión de esta idea se da mediante evangelistas y pastores que enfocan su vida de oración hacia el discernimiento de tales espíritus territoriales, y novelistas que, como Frank Peretti en *Esta patente oscuridad*, dibujan un cosmos que, no obstante haber sido creado por Dios, pertenece en realidad al diablo. Uno de sus voceros, el evangelista hispano de Estados Unidos, Héctor Torres, en su libro *Derribando fortalezas*, se esfuerza por justificar la validez del testimonio del endemoniado como argumento a favor de la idea de que el pueblo de Dios debe asumir su fe en categorías y tácticas estrictamente militares.

El lenguaje militar le comunica al creyente una dimensión de fuerza que balancea el terror proveniente de saber que está viviendo en un cosmos plagado de fuerzas demoníacas. El poder-violencia se plantea así como alternativa en un terreno donde «el apresto del evangelio de la paz» parece no tener cabida. Resulta curioso que los esfuerzos por mapear un terreno «a conquistar» ocurran en pueblos y países del Tercer Mundo. Hasta donde sabemos, no existe un esfuerzo similar en el vecindario que ocupa el Pentágono. Las avanzadas de oración se concentran en la Ventana 10/40, que resulta ser hoy día el sitio desde donde la amenaza del terrorismo árabe atenta contra los intereses de Occidente. Nos preguntamos si buena parte de estos esfuerzos belicistas obedecen a la preocupación de grupos que veían menguado su poder. En periodos pasados, cuando la empresa misionera se expresaba en términos de conquista territorial a la usanza del gran imperio («cruzadas», «movilizaciones», «luz a las naciones»), y avanzaba a la par que Occidente extendía sus dominios, el ímpetu misionero cobró un poder inusual en términos económicos. La crítica posterior, unida al crecimiento de la Iglesia autóctona e indígena, alteró los términos hasta el punto que la Iglesia del Tercer Mundo se erigió como una alternativa misionera. Justamente cuando empezaba a presentarse este nuevo planteamiento, surgió toda la avalancha belicista neo-conquistadora que le asegura a Occidente su protagonismo, y restó así identidad a los esfuerzos propios de la Iglesia en el Tercer Mundo.

El diablo, con todo su encanto y terror, paraliza incluso a quienes

quisiéramos levantar algunos cuestionamientos, so pena de caer en su maldición. Por tal razón se hace necesario que nos animemos unos a otros a desenmesacarar los intereses del poder-violencia, a desmitificarlos, a despotenciarlos, para que el Dios de la vida y su evangelio de la paz llenen la tierra.

La construcción de una ética

Vemos desde los Evangelios la tarea fundamental de Jesús de potenciar la vida. Los Evangelios pintan a Jesús organizando la resistencia a las pretensiones de dominación de las redes de poder que estaban muy presentes en los órdenes social y religioso.

La Iglesia, para consolidar su poder para comprometerse con los imperativos del evangelio, necesita construir una ética desde su encuentro con Dios. Necesita formar un carácter vigoroso que busque desafiar el orden del poder-violencia en estos ambientes de final de siglo tan propicios para la publicidad de lo religioso.

De Jesús aprendemos que no es mediante la imposición arbitraria de la ley como se alcanza la fidelidad a su mensaje. No es la función punitiva de la ley la que va a producir en los sujetos esa transformación que sí ocurre cuando la ley está en el corazón y surge del interior. El corazón, como la tabla blanda sobre la cual habría de escribirse la ley, tal como lo soñó el profeta Jeremías, facilita el muy necesario proceso de apropiación de la norma por parte del sujeto, de tal manera que la conducta ética resultante es la fidelidad. La represión pierde así toda justificación. El temor y el terror, hijos de la conquista, salen de la escena para darle paso a la ternura y al compromiso.

Consecuentemente, quisiéramos proponerle a la Iglesia dos de las lecciones que Jesús nos enseñó, a saber, la lección de la vida en comunidad y la lección de la justicia desde esa misma comunidad.

1. Vida en comunidad

En toda la Biblia, pero especialmente en los Evangelios, vemos que la creación de una comunidad es vital en la intención de Dios. De hecho, lo fue también para Jesús desde el comienzo mismo de su ministerio (Mt. 4:18-22).

La comunidad no es, pues, un grupo de ciudadanos que simplemente se cohesionan en torno a algunas ideas o propuestas solamente porque éstas les prometen paz y prosperidad. Más que eso, la comunidad tiene una vida, un mensaje, una identidad. Su presencia es una contra-propuesta al individualismo y su resultante «justicia de mínimos» (la preocupación por satisfacer mínimamente un requerimiento ético). En la comunidad los sujetos aprenden tradiciones de sentido y de bien.

Sólo los miembros de una comunidad pueden motivarse a aportar significativamente un sentido de integración a ella desarrollando códigos de identidad. Tales sujetos son conscientes de que su comunidad es una entidad

concreta que invita a una determinada actitud ante la vida. La pertenencia a una comunidad, entonces, no se vivencia solamente en un plano racional sino también emotivo.

Algunas investigaciones seculares, como por ejemplo *Tras la virtud*, de Alasdair MacIntyre, afirman que es necesario contar con la emotividad que procede del sentido de pertenencia a una comunidad. Continúa MacIntyre diciendo que no se pueden superar las crisis y las contradicciones en las sociedades poscapitalistas y posliberales si, además de diseñar modelos racionales de justicia, no se refuerza en los individuos su sentido de pertenencia a una comunidad, con principios y actitudes que forman parte del ser ciudadanos de una comunidad.

Para la comunidad de seguidores de Jesús, el poder es del tipo comunicativo, esto es, poder para servir, para hacer el bien, para construir al otro, para fortalecer el mundo de la vida, la convivencia y la alegría que irrumpen en el orden establecido y propician una transformación de valores. El libro de los Hechos presenta un buen ejemplo del manejo de este tipo de poder. Los apóstoles llegan a un punto de tal acumulación de poder que la salida a la crisis que sobrevino como consecuencia se dio mediante la democratización de ese poder (cap. 6).

2. Justicia en la comunidad

Una de las causas por las que luchó esta comunidad de Jesús fue la defensa de la justicia. Los lazos comunes a que hicimos referencia en el acápite anterior se cristalizan en los propósitos de justicia, muy a tono con la intención de su gestor, quien desea que seamos una comunidad justa, tanto hacia adentro como hacia afuera. No basta solamente con «aprender a convivir». Es necesario aprender a convivir con justicia, atendiendo las necesidades básicas no sólo de sus miembros sino también de los demás. De esta manera, la comunidad del Reino no es un círculo de interés particular, un gremio que vela por el bienestar de sus afiliados, pues está llamada a «tener favor para con todo el pueblo». Se constituye entonces en pecado de injusticia cerrarle la puerta al inmigrante, al desplazado, al refugiado. Estas actitudes niegan lo básico a tantos seres humanos para asegurar las comodidades de quienes dictan leyes de fronteras y de migración en Europa y Estados Unidos, los cuales no ven amenazada su estabilidad laboral por la presencia del inmigrante en su territorio. Las Escrituras plantean unas exigencias éticas que hacen imposible el «individualismo posesivo» característico del poder-violencia. La ética del Reino defiende la dignidad humana y los derechos fundamentales tanto del individuo como de la sociedad. No existe una ética del individuo a espaldas de la sociedad, y otra de la sociedad a espaldas del individuo.

La Iglesia, entonces, ha de continuar luchando contra los egoísmos, los

amiguismos, «los nuestros» como lugar preferencial, para abrirse a retos universales, especialmente los implicados en los esfuerzos éticos locales. La lucha espiritual significa rechazar la tentación oportunista del poder-violencia para así afectar la «jungla global» (expresión de Adela Cortina) conduciéndola hacia el sueño del Señor: una comunidad humana. Es así como el profeta asegura que el verdadero culto a Dios es el cultivo de la justicia (Is. 58:6-8).

Bibliografía

Arendt, Hannah

1970 *Sobre la violencia*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México.

Botero Uribe, Darío

1995 «Vida, ética y democracia», Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán, Santafé de Bogotá.

Foucault, Michel

1980 *Microfísica del poder*, Alianza Editores, Madrid.

MacIntyre, Alasdair

1987 *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona.

Morey, Miguel

1984 *Introducción a un diálogo sobre el poder en Michel Foucault*, Alianza Editores, Madrid.

Peretti, Frank

1990 *Esta patente oscuridad*, Editorial Vida, Miami (1ra ed. en inglés: 1986).

Torres, Héctor

1997 *Derribando fortalezas*, UNILIT, Miami.

Weber, Max

1969 *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.